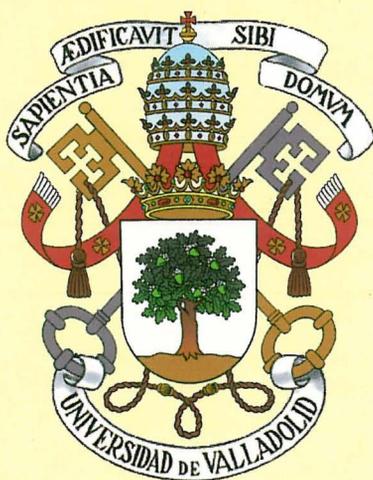


UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

DOCTORADO «HONORIS CAUSA»
DEL EXCMO. SR.
D. MARIO BENEDETTI



VALLADOLID 1997

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

DOCTORADO «HONORIS CAUSA»
DEL EXCMO. SR.
D. MARIO BENEDETTI



VALLADOLID 1997

Edita: Universidad de Valladolid
Imprime: Impresos Angelma, S.A.
Avd. Santander, 47 Valladolid
Depósito Legal: VA - 96 - 1998

**ACTO DE SOLEMNE INVESTIDURA DE
D. MARIO BENEDETTI
COMO DOCTOR «HONORIS CAUSA»
DE LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID
CELEBRADO EL DÍA 30 DE MAYO DE 1997**





ACUERDO DE LA JUNTA DE GOBIERNO

Elías González-Posada Martínez,
Catedrático y Secretario General
de la Universidad de Valladolid

Certifico: Que la Junta de Gobierno de la Universidad de Valladolid en sesión celebrada el día 30 de mayo de 1997, a propuesta de la Junta de Centro de la Facultad de Filosofía y Letras acordó nombrar Doctor "Honoris Causa" de esta Universidad en reconocimiento de sus méritos y calidad intelectual, al Excmo. Sr. D. Mario Benedetti.

Y para que conste y a los efectos oportunos extendiendo la presente visada por el Magfco. y Excmo. Sr. Rector y sellada con el de esta Universidad, en Valladolid a dos de junio de mil novecientos noventa y siete.

VºBº
El rector

Francisco Javier Alvarez Guisasola



El Secretario General

LAUDATIO
AL DOCTOR D. MARIO BENEDETTI



EXCMO. Y MAGCO. SR RECTOR.
EXCELENTÍSIMAS AUTORIDADES .
ILMOS. MIEMBROS DEL CLAUSTRO UNIVERSITARIO
SRAS. SRS.

Al investir hoy con el grado de doctor "Honoris Causa" al escritor don Mario Benedetti, la Universidad de Valladolid se honra con la incorporación a su Claustro de Doctores de uno de los intelectuales más vigorosos de este fin de siglo. Por su desvelada conciencia ética, por el rigor y exigencia de sus planteamientos intelectuales y políticos, por la variedad y riqueza de matices con que él consigue hacer hablar a nuestra lengua, Mario Benedetti, sin ninguna duda, es hoy privilegiado embajador ante el mundo del pensamiento libre y de la escritura creativa en lengua española. La Universidad de Valladolid, al recibirlo entre sus doctores, realiza ante todo un acto de justicia, que nos honra a todos, pero también adquiere un compromiso con los valores humanos, éticos y estéticos, que toda su obra encarna.

Al aceptar formar parte del Claustro de doctores de la Universidad de Valladolid, Mario Benedetti viene a añadir a la lista de honores que dan lustre a nuestra Universidad la distinción con que Instituciones de todo el mundo habían sabido reconocer su trabajo. Solo citaré dos de ellas, la "Orden Félix Varela" que le concede el Consejo de Estado de Cuba (1982) y la "Llama de Oro" de Amnistía Internacional (1987), suficientemente representativas del reconocimiento a una trayectoria intelectual, que se sustenta sobre una biografía preñada de entrega a la literatura y, desde ella, a la lucha contra la corrupción, contra el abuso de poder y contra la injusticia en cualquiera de sus formas y en cualquiera de sus geografías; una biografía, como consecuencia de todo lo anterior, salpicada de exilios, desexilios, penalidades, manchas en el currículum, y trabajo... mucho trabajo.

En este momento de júbilo para la Universidad de Valladolid, quiero dejar el capítulo de las penalidades, lo mismo que el de los laureles, en el baúl de los "recuerdos del olvido", para centrarme sobre todo en el trabajo. Porque en Mario Benedetti sorprende su capacidad de trabajo,

como estudioso de la literatura, como periodista, como dramaturgo, como ensayista, como narrador, como guionista, como poeta, como ciudadano. Su obra (ingente y todavía en marcha) la componen más de 70 libros, repartidos en una rica y plural variedad de géneros, con algunos títulos que forman parte ya del imaginario colectivo de todos los pueblos de habla hispana, como, *La tregua*, *El cumpleaños de Juan Ángel*, *Primavera con una esquina rota*, *Andamios*, *Despistes y franqueas*, *Recuerdos olvidados*, o *Los dos Inventarios*. Este ingente esfuerzo creador, aunque pueda parecer casi imposible, todavía le ha dejado tiempo para animar el desarrollo de revistas literarias y de pensamiento, como *Marginalia*, *Número* y *la Brecha.*, o de semanarios como *Marcha*. Y a todo ello hay que añadir su labor, regateando exilios y desexilios, en las aulas de la Universidad de Montevideo, su colaboración en la dirección de la Casa de América, su trabajo como publicista en Cuba o su actividad política cerca del Movimiento de *Independientes 26 de Marzo*. En justa correspondencia a la calidad de su palabra poética, a la vigilante conciencia de su labor de ensayista y a su inacabable capacidad fabuladora, sus libros cuentan hoy con más de 300 ediciones, que hacen un total de más de un millón y medio de ejemplares y, con todos los honores, han dado lugar a varias adaptaciones para el cine y el teatro.

Pero poco importarían las cifras, si esta obra abierta y plural no poseyera la magia comunicativa que posee; poco importarían las cifras, si esta obra no hubiera conseguido, como realmente ha conseguido, llevar hasta los umbrales mismos del siglo XXI, y llevar contra viento y marea, una concepción de la literatura como ejemplo de libertad, como proyecto ilusionado de compromiso con la idea de lo social, como sueño utópico de una nueva realidad erigida sobre bases más humanas y cordiales que aquellas, sobre las que el siglo XX comenzó a construir la modernidad. Cuando las Instituciones reconocen el trabajo de un médico, de un economista, de un químico, de un biólogo o de un político, la gente suele ser bastante receptiva hacia los méritos del galardonado. Pero no ocurre lo mismo (ni siquiera dentro de una comunidad universitaria), cuando se intenta valorar la obra de un poeta. Eso de la poesía, lo diré con la finura de un idiolecto muy próximo a Mario Benedetti, solo son "pavadas". Pues bien, será para mí un placer y un honor hacer la laudatio, ante el claustro de esta centaria Universidad de Valladolid, del alto significado que las pavadas de Mario Benedetti poseen, deberían poseer, para nosotros.

Con razón los dioses quisieron defender la propiedad en exclusiva sobre el fuego. Con razón se indignaron con Prometeo, cuando éste les robó tan preciado bien para dárselo a los hombres. Con el fuego, los hombres llegarían a convertirse, ellos mismos, en otros dioses. Hasta aquí el mito. Pero sucede que la historia ha venido luego, en parte al menos, a dar la razón al mito. El fuego les permitió a los hombres des-



cubrir la aleación de los metales y, sobre éstos, la humanidad puso en marcha los hilos de una idea de progreso que desgraciadamente sigue siendo la nuestra. Los hombres no han conseguido todavía convertirse en dioses, pero firmes en su empeño técnico no renuncian a conseguirlo un día. Aquí, sin embargo, la historia comienza a apartarse peligrosamente del mito: aquel fuego que Prometeo robó a los dioses ha ido elevando al hombre y distinguiéndolo de los animales, pero, dada la trayectoria emprendida, el riesgo que hoy corremos es acabar convertidos en máquinas, y no en dioses. Entre los cientos de cuentos que llevan la firma de Benedetti, hay uno que, por su visión irónicamente realista, siempre me ha resultado especialmente simpático. Se titula *El ruido y la imagen* y está incluido en el volumen *Despistes y franquezas*. Este es, literalmente, el esqueleto de dicho cuento:

Lo dijeron y lo repitieron esclarecidos portavoces de Algo: «Se acabó la escritura. La literatura está condenada a morir. De ahora en adelante sólo existirá la Cultura del Ruido y de la Imagen». De acuerdo con este dictamen los escritores dejan de escribir y los compositores dejan de componer y se dedican ya sólo «a la informática, a la política, a la pesca, al psicoanálisis, al tenis y a otros oficios más o menos rentables». Como consecuencia de todo lo anterior, y agotado el stock mundial de novelas, dramas y guiones, comienza una etapa nueva en la cultura de occidente, etapa que viene a caracterizarse por que ahora las imágenes aprendieron a no narrar, simplemente estallaban. La agonía de la música fue más lenta, pero también llegó. Ya nadie se acordaba de Mozart, ni de Bartok, ni / de los Beatles, ni de Sting, ni de Chico Buarque.

Y es así como...

Dentro de la más absoluta libertad de expresión, los letristas de canciones fueron conminados a reducir sus textos a lo mínimo. Fue así que en octubre de 1997, el “hit number one” llevó como letra una sola línea infinitamente repetida: “Voy, vengo, y no voy más, nunca más nunca máaaaaaaaas”. En abril de 1999, la letra del “number two” tenía pseudo reminiscencias criptolíticas: “Después del martes viene el miércoles, aaaay”. Por supuesto que en inglés tales letras sonaban bastante mejor. El advenimiento del nuevo siglo fue saludado con un “hit” que los entendidos consideraron como una obra maestra de síntesis socioeconómica: “Lancémonos lancémonos”, pero tres meses después la erosión tautológica la había reducido a “Monooooos”.

[...] La cultura del Hiper Ruido y el super Temblor de la Imagen acabó por imponerse y suprimió radicalmente toda huella de melodía, esa cosa inútil, y todo rescoldo de palabra, esa basura. Los conjuntos que aparecían en la ex-pantallita y ahora pantallota se limitaban a emitir grititos, gruñidos, alaridos, que no llegaban ni siquiera a ser sílabas, ya que esto habría sido considerado como una grave señal de conservadurismo [...]

El desenlace del cuento (que no voy a leer ahora) está lleno de una gracia y de una ironía consonantes con el realismo profético del fragmento que acaban de escuchar. Pero ahora lo que me interesa destacar es la idea de literatura y de lo literario que este cuento, y la obra toda de Benedetti, reivindica. Vuelvo a pedirle prestada la voz al maestro, que ha escrito:

El poeta es un peregrino cordial [...], un expedicionario de los sentimientos, un reclutador de prójimos. [Su campo de acción es el del sentimiento, porque] los sentimientos [...] configuran el [verdadero] habitat del hombre [...] Nunca ha sido tan imprescindible como ahora que la cultura bregue por la salvación del hombre.

Es sobre esta apuesta por la cultura como instrumento para la salvación del hombre, sobre la que quiero construir mi argumentación y mi elogio en favor de la obra de Mario Benedetti. Porque hoy deberíamos todos tener muy claro ya que no nos basta con el fuego de Prometeo; que el verdadero habitat de lo humano no lo configuran los grandes ingenios mecánicos, ni los electrónicos o los informáticos; que el verdadero habitat de lo humano está hecho de la misma madera que los sueños, una madera que sólo arde en el fuego del sentimiento, y que este fuego es tan necesario como aquel otro de Prometeo. Admitido esto, hay que admitir también que la obra de Mario Benedetti es la obra de un incendiario; de un incendiario apasionado con su trabajo, consciente como su Juan Ángel de que "en realidad la realidad / es la única eterna" y de que "nuestro único poder es / transformarla". Pero consciente también de cuál debe ser el camino. En un artículo publicado en *El País*, en 1992, escribía Mario Benedetti:

Lo cierto es que los sentimientos son incómodos; no caben en la computadora, no pagan impuestos, no convocan multitudes y ya ni siquiera hacen goles [...] Quizá hoy el sentimiento sólo pueda movilizarse a golpes de utopía. No estaría mal, después de todo. Las utopías, realizadas o no, pero siem-

pre generosas y abiertas, han funcionado muchas veces como sistemas de circulación del sentimiento, y es obvio que el mundo en crisis necesita esa savia.

He pasado como sobre ascuas por los títulos de su bibliografía, porque, después de haber disfrutado de sus historias y después de haber vibrado con sus canciones, lo que más me ha interesado siempre ha sido el fuego que arde en su escritura toda. Fuego que es fuego de odio algunas veces, porque:

el odio está bien si está en su sitio
y su sitio no es el del desquite
el odio está bien si despeja la ruta
Pero sabiendo siempre también que
el odio está mal si nos excede
si puede más que nuestro tranco de hombres
ni una uña más acá de la justicia
ni tampoco una uña más allá
aunque no nos falten ganas de meterles la calva
en el bidón escatológico
[...]
ni una uña más allá de la justicia

Porque:

nuestra ventaja y nuestra desventaja
es que vivos o muertos
jodidos o triunfantes
nos hemos prohibido ser inmundos.

Pero..., si se da también cabida al odio, porque el odio, “ni una uña más allá de la justicia”, forma parte de lo humano, el fuego por el que verdaderamente apuesta Benedetti es el fuego del amor. Y, cuando esto ocurre, su voz se torna susurro y se hace canción para decir con música de tango o de bolero (no sé):

Tus ojos son mi conjuro
contra la mala jornada
te quiero por tu mirada
que mira y siembra futuro.
Tu boca que es tuya y mía
tu boca no se equivoca;
te quiero porque tu boca
sabe gritar rebeldía.



En otras ocasiones su fuego es el fuego del humor, que no es nunca ni frivolidad ni sarcasmo, sino apelación directa a la inteligencia y al corazón. Sirva de muestra el siguiente texto, ya antiguo en la bibliografía de Benedetti, pero tan actual y tan de siempre, tan oportuno en este marco:

En la sala repleta circuló un aire helado cuando don Luciano, con todo el peso de su prestigio y de su insobornable capacidad de juicio, al promediar su conferencia tomó aliento para decir: como siempre quiero ser franco con ustedes. En este país, y salvo excepciones, mi profesión está en manos de oportunistas, de frívolos, de ineptos, de venales.

A la mañana siguiente su secretaria le telefoneó a las ocho: Don Luciano, lamento molestarlo tan temprano, pero acaban de avisarme que, frente a su casa, hay como quinientas personas esperándolo, ¿Ah, sí?, dijo el profesor de buen ánimo. ¿Y que quieren? Según dicen, se proponen expresarle su saludo y su admiración. Pero, ¿quiénes son? No lo sé con certeza don Luciano. Ellos dicen que son las excepciones, salvo excepciones, en *Despistes y franquezas*.

En otros casos, su fuego es el fuego en el que arde el recuerdo, enseñándonos que el pasado es el reducto de la identidad personal y colectiva, y que la memoria es "nuestra única riqueza inexpropiable y nuestra más poderosa arma contra la desmemoria de los fusileros". Y siempre es fuego de pasión. Dice un personaje (Diego) de una de sus novelas (*La tregua*) refiriéndose a Uruguay:

Hay gente que entiende lo que está pasando, que cree que es absurdo lo que está pasando, pero se limitan a lamentarlo. Falta pasión, ese es el secreto de este gran globo democrático en el que nos hemos convertido. Durante varios lustros hemos sido serenos, objetivos, pero la objetividad es inofensiva, no sirve para cambiar el mundo, ni siquiera a un país de bolsillo como este. Hace falta pasión, y pasión gritada, o pensada a los gritos, o escrita a los gritos. Hay que gritarle en el oído a la gente, ya que su aparente sordera es una especie de auto-defensa, de cobarde y malsana autodefensa. Hay que lograr que se despierte en los demás la vergüenza de sí mismos, que se sustituya en ellos la autodefensa por el autoasco. El día en que el uruguayo sienta asco de su propia pasividad, ese día se convertirá en algo útil.

Amor, odio, humor, rebeldía, y siempre pasión (gritada o escrita), tejen en la pluma de Mario Benedetti una obra comprometida, pero comprometida, en primer lugar, con esa masa compleja de incertidumbres, de pulsiones y de voluntades en la que el ser humano se reconoce como existencia en solidaridad con otros. Fundiendo todos estos fuegos, la obra de Mario Benedetti, convencido de que la utopía sigue siendo el motor que mueve el mundo, le devuelve al lector la desesperanza convertida en esperanza, como el instrumento para hacerla realidad (Rufinelli); le devuelve la realidad convertida en espejo capaz de reflejar todas las aspiraciones profundas de su ser hombre, hombre esencial y, a la vez, histórico, pero sin colores, sin razas, ni guerras, ni prejuicios. En su libro *El escritor latinoamericano y la revolución posible*, texto fundamental en cuanto redefinición del papel del intelectual sobre la base de un nuevo humanismo, Mario Benedetti es muy claro, cuando apuesta por los mundos inventados del escritor, no como corrección de la realidad pasada, sino como propuesta de la realidad futura.

Pero que nadie imagine ahora, cuando hablo de utopía en Benedetti, que me refiero a ese territorio de la fantasía infecunda, en el que con tanta frecuencia el técnico instala al escritor. La utopía con la que Benedetti nos compromete en su obra hunde sus raíces, como muy bien ha dicho Caballero Bonald, en “la inmediatez de lo más corporalmente esperado, el cuerpo propicio del otro, esa otredad del amor que no nos niega”, sino que nos ensancha y que convierte la vida histórica, y también la vida del día a día, en experiencia moral. Porque, soñador de un mundo en el que la indiferencia sea una palabra obscena, para Mario Benedetti las voces amor, revolución, o rebeldía, significan necesidad de transformar la realidad, pero sobre todo significan voluntad de acción en el ámbito de la intimidad humana, en el ámbito de las relaciones humanas. En esta clave hay que interpretar el tantas veces mal leído compromiso de nuestro autor y de su pluma con la historia concreta de los pueblos (el Uruguay de la dictadura o la Cuba revolucionaria, por ejemplo). Porque, como dice otro personaje de Benedetti, para cambiar la realidad “no basta con cambiar las estructuras, es preciso también cambiar el signo moral de los pueblos”, y esa es función, ya lo sabemos, del sentimiento, de la utopía y, en última instancia, de la palabra; de esa palabra portadora del fuego que nos hace, a todos, seamos o no sus lectores, más humanos.

Pero es ya hora de ir concluyendo y quiero hacerlo, Mario, dándote las gracias en nombre de toda la comunidad que forma esta Universidad de Valladolid, por tus historias, por tus canciones, por el rigor y honestidad de tu compromiso, por la valentía y belleza de tu palabra; valentía y belleza que, como reza tu poema *intimidad*, son capaces de hacer de nuestra “soledad acompañada” una llama. Gracias por tu regreso al puerto de Palos en “una de esas piraguas que redescubrieron Europa”, gra-

cias por tu "Caperucita roja golpea otra vez", porque muy bien sabes que "después de todo, a la gente siempre le ha gustado que le cuenten cosas". Pero, sobre todo, personalmente yo te doy las *Gracias por el fuego*.

Y apoyándome en tan altos y dilatados méritos como ilustran su intachable trayectoria de creador y de pensador, ante el Claustro de la Universidad de, Valladolid, solicito del Rector Magnífico se proceda a la investidura de Mario Benedetti con el grado de doctor "Honoris Causa" por esta Universidad.

**DISCURSO DEL EXCMO. SR.
D. MARIO BENEDETTI**



EXCMO. Y MAGFCO. SR. RECTOR;
EXCMAS E ILUSTRÍSIMAS AUTORIDADES;
DOCTORES DEL CLAUSTRO UNIVERSITARIO;
SEÑORAS, SEÑORES:

Quiero que mis primeras palabras sean para expresar mi honda gratitud a todos ustedes y en particular al señor Rector y a las autoridades de la Universidad de Valladolid por haberme concedido esta alta distinción que me permite entrar a formar parte de su ilustre claustro de doctores.

Acepto este honor con humildad, pero también con legítimo orgullo, y que a lo largo de mi carrera literaria he valorado especialmente las distinciones universitarias, por la sencilla razón de que suelen otorgarse con total independencia de las normales presiones del mercado cultural.

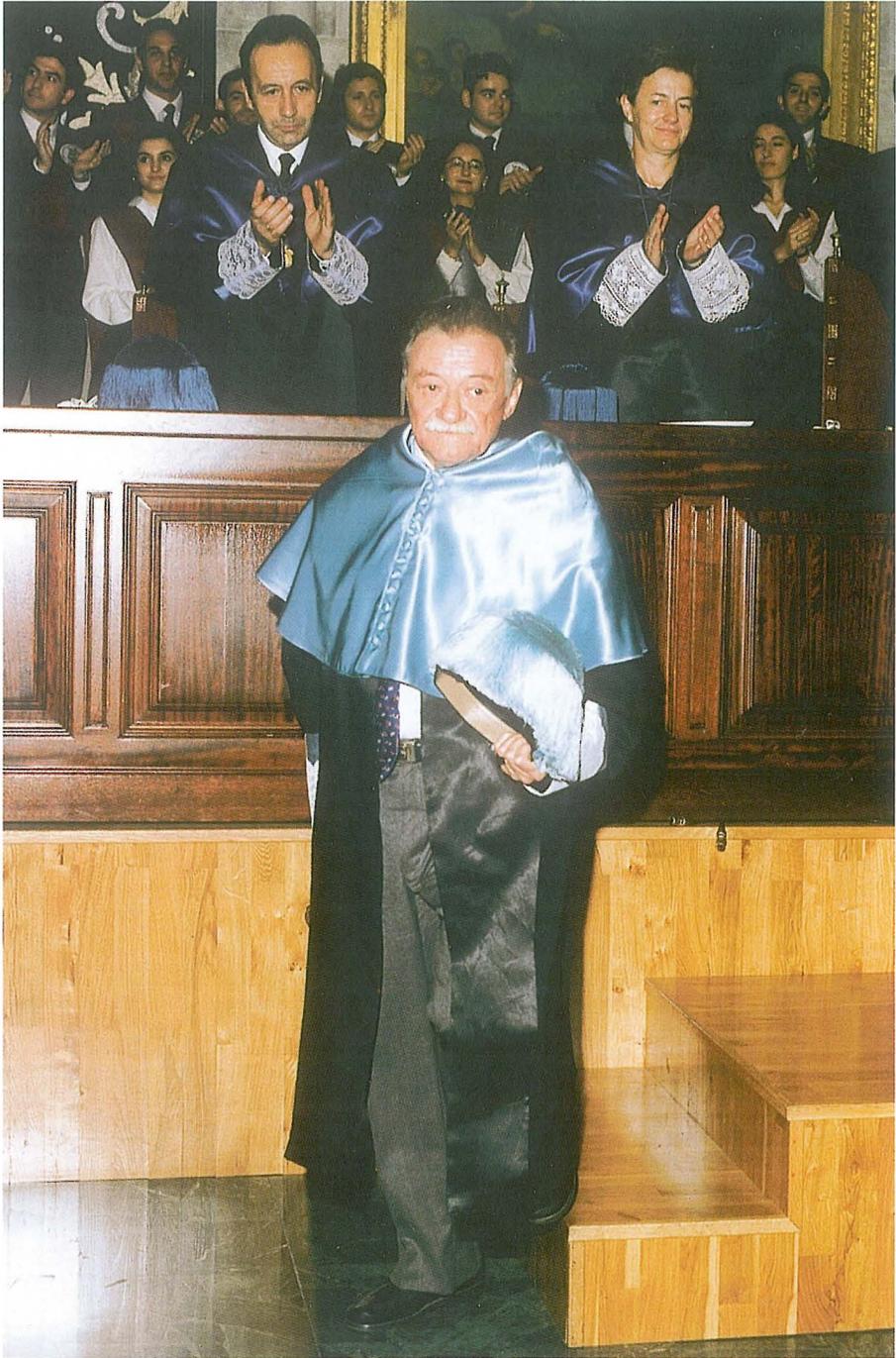
Mi vinculación con el quehacer universitario comienza, como es lógico, en mi país, donde estuve al frente del Departamento de Literatura Hispanoamericana de la Facultad de Humanidades hasta que en 1973 la dictadura militar, en un gesto espontáneo, se hizo cargo de todas las tareas educativas. Veintitrés años después, ya en plena democracia, esa misma Facultad me nombró Profesor Emérito, de modo que, como ustedes pueden apreciar, aquel fue un ciclo con sombras y luces.

Por otra parte, mi vinculación con Universidades españolas comenzó a partir de mis años de exilio, pero ha continuado hasta ahora, cuando por fortuna ya he vuelto a residir en mi país. Debo reconocer que ese vínculo con España me ha proporcionado valiosas experiencias y entrañables amistades.

Siento una gran alegría al recibir ahora este honor en una ciudad que ha dado a las letras españolas nombres de singular trascendencia. Desde José Zorrilla a Jorge Guillén, desde Rosa Chacel a Miguel Delibes, Valladolid ha dejado su huella indeleble en la vida cultural española.

Soy consciente de la responsabilidad que hoy asumo y confío en que mis futuros pasos no defrauden ni empañen este preciado galardón

Y ya que fue la Facultad de Filosofía y Letras la que me honró proponiéndome para este Doctorado, he considerado oportuno que mi discurso de investidura verse sobre la reflexión literaria que me sugiere una ciudad, Montevideo, a la que, como es obvio, me siento profundamente ligado.



MONTEVIDEO COMO REFLEXION LITERARIA

Un esquema primario de América Latina muestra, por un lado, grandes extensiones de tierra (selva, montaña o llanura) de progresiva despoblación, y por otro, arracimadas ciudades, a veces de monstruoso crecimiento. Es el caso de San Pablo, Buenos Aires, y particularmente de Ciudad de México, que hace diez años ya había alcanzado la pasmosa cifra de 20 millones de habitantes. En esos impresionantes hacinamientos, la lucha por el espacio es casi una lucha por la vida. El abandono en que los gobiernos suelen dejar a las zonas rurales, hace que esos pobladores busquen las ciudades, o sus márgenes de penuria, con la esperanza, casi siempre vana, de dar otro sentido a sus vidas, otra perspectiva a sus urgencias. Así emergen esos conglomerados humanos, que en cada país asumen una denominación propia: *favelas* en Río o San Pablo, *villas miseria* en Buenos Aires, *cantegriles* en Montevideo, *pueblos jóvenes* en Lima, *ranchos* en Caracas, *casas brujas* en Panamá, o la tristemente célebre *Netzahualcoyotl* de México, que con sus casi cinco millones de pobladores se ha convertido en la segunda ciudad del país. Tales cinturones de indigencia agregan conflictos a los ya tradicionales de la vida urbana. Incorporan penuria, mendicidad, grados inéditos de violencia, y hasta una picaresca intransferible, en tanto que en la población estable generan una urdimbre de mala conciencia, que a veces se expresa en términos de insolidaridad, de agresivo autoamparo o de violencia de otro signo.

Es obvio que la gran ciudad, en sí misma, con o sin hacinamientos marginales, engendra situaciones de acoso o de rutina, de ansiedad o de agobio, y es lógico que el novelista transite por esos meandros y laberintos, no solo para relacionar literariamente el haz y el envés de esas contradicciones, sino también para librarse de sus propios demonios. Por otra parte, si la realidad penetra de algún modo en el individuo, también el individuo literario, o sea el personaje, se vuelve paulatinamente social.

Fue Arthur Miller quién escribió que “el hombre está dentro de la sociedad y la sociedad está dentro del hombre”.

Dentro de este complejo muestrario de ciudades, Montevideo es sencillamente una más. Así y todo, si se la compara con otras capitales de América Latina, es una ciudad distinta, casi a contramano de los trazos y las cicatrices urbanas del subcontinente. Por lo pronto, es una capital desproporcionada. Su número de habitantes (1:300.000) es más o menos corriente en las capitales latinoamericanas. Quito, La Paz y Santo Domingo, por ejemplo, tienen un número de habitantes similar al de Montevideo. Pero en tanto que ninguna de esas tres ciudades supera el 20% de la población total del país respectivo, en Montevideo, en cambio, reside el 42% de la población total. Si Ezequiel Martínez Estrada bautizó a Buenos Aires, donde reside el 31% de la población total argentina, como “la cabeza de Goliat”, con qué metáfora habría que designar a Montevideo y su cabezona capitalidad? Por lo menos, nuestra ciudad tiene dos méritos (ninguno de ellos, demasiado esplendoroso) para ingresar al Guinness: no sólo es la capital más austral del planeta, sino también la capital latinoamericana que alberga el más alto porcentaje de habitantes en relación con la población total del país.

De espaldas a América, y de hecho también de espaldas al resto del territorio nacional, Montevideo (ciudad-puerto) sólo mira al mar, es decir a eso que llamamos mar y es sólo río (claro que el más ancho del mundo). Depende de imprevistas corrientes internacionales que sus aguas políticas y culturales sean dulces o saladas. Al igual que la mayoría de las ciudades del mundo, Montevideo tiene mala conciencia de su vivir y de su morir. Sin embargo, con la mala conciencia puede hacerse buena literatura. Durante varios lustros, los escritores uruguayos permanecieron fieles a la Arcadia de lo gauchesco. Algunos excelentes narradores escribieron sobre el campo desde el campo, pero como el tema rural era virtualmente el único que otorgaba prestigio, otros vinieron más tarde dispuestos a usufructuar ese legado y a seguir escribiendo sobre el campo, pero con una diferencia: lo hacían desde la ciudad.

Debido en parte a ese desajuste, llegó un momento en que la ciudad irrumpió francamente en la narrativa uruguaya. Quizá la fecha clave sea 1939, año en que aparece *El pozo*, primera y breve novela de Juan Carlos Onetti, que marcó un viraje decisivo en las relaciones entre el creador y su ciudad. No fue el primero, sin embargo, en lidiar con un tema tan complejo. Isidoro de María, con su *Montevideo antiguo*; José Pedro Bellán, con *Doñarramona*; Emilio Frugoni, con sus *Poemas montevidianos*; Manuel de Castro, con su *Historia de un pequeño funcionario*, habían tratado de convertir, a fines del siglo XIX y comienzo del XX, el mero testimonio en ficción. Pero realmente fue en *El Pozo* donde la ciudad empezó a existir como literatura.



Angel Rama calificó esa novela breve como “la primera botella al mar que arrojó una generación de artistas que transformaron las letras uruguayas. En una de sus confesiones finales dice el protagonista:

“Yo soy un hombre solitario que fuma en un sitio cualquiera de la ciudad; la noche me rodea, se cumple como un rito, gradualmente yo nada tengo que ver con ella”.

Después Onetti creó su célebre Santa María, habitat ficto, posterior al Yoknapatawpha faulkneriano, pero anterior en una geografía semi-imaginaria, a la Comala de Rulfo, al Macondo de García Márquez y a la Región de Juan Benet. Sin embargo, *El pozo* sigue siendo su texto montevideano por excelencia, aunque cabe recordar que aún en esa novela primigenia, ya había señalado que:

“Los hechos son siempre vacíos, son recipientes que tomarán la forma del sentimiento que los llene”.

Quizá por eso, cada escritor montevideano descubre su Montevideo, y éste también, como si en abstracto fuera un gran espacio vacío, toma finalmente la forma del sentimiento que lo llena. Sólo pondré dos ejemplos ilustrativos. Liber Faco, un poeta sencillo, sin complejos retóricos, que desde sus comienzos reconoció la poesía que se elevaba en las Cometas sobre los muros, escribió esta breve y entrañable “Biografía”, que es también la biografía de *su* Montevideo, es decir de su barrio:

Yo nací en Jacinto Vera
Qué barrio Jacinto Vera
Ranchos de lata por fuera
y por dentro de madera.
De noche blanca corría,
blanca corría la luna,
y yo corría tras ella.
De repente la perdía,
de repente aparecía,
entre los ranchos de lata
y por dentro de madera.
¡Ah luna, mi luna blanca,
Luna de Jacinto Vera!

Por otra parte, Ida Vitale, poeta sensible y rigurosa, distingue así su ciudad, en una semblanza en prosa titulada “El otro Montevideo”:

Sobre la arquitectura lógica, monótona y colonialmente cuadrículada de la ciudad, porque Bruno Mauricio de Zabala no trazó Montevideo en círculos, como Campanella su Ciudad del Sol-flota, pues, plano divagado, con sus ondulaciones y sus curvas y sus recovecos en donde los imaginativos querrían perderse maravillados. Todo el que ama la ciudad afirma en este cielo sus deseos, sus sueños, quita o pone tapias, colores, perspectivas, jardines, rescata árboles escondidos, destierra a quienes los crucifican. Cada mañana o tarde o noche bien vivida en la ciudad creada le agrega un rincón definitivo a la otra, a la dudosa e inestable.

Como ciudad-puerto, Montevideo ha sido sucesivamente mirada por ojos; extranjeros. Después de todo, como ha dicho Borges, “el color local es un invento extranjero; surge de que otros nos miren, no de lo que nosotros seamos”. Antes de la dictadura y de la televisión (que es otra dictadura, pero en colores) Montevideo era, como ha señalado, Daniel Vidart “el espejo de maniobras de nuestra sociedad”. También era el espejo cultural. Había un vasto público para los teatros y los cines, los cafés (Tupí Nambí, Sorocabana) congregaban tertulias con un orden del día que incluía política, fútbol y cultura, tres pilares de la vida comunitaria. La solidaridad era mucho más que una palabra. Cada clase social tenía su tribuna en el estadio, su sala de terapia intensiva y también su cementerio. Todo en orden.

Ciudad de inmigrantes (las tres principales y sucesivas corrientes fueron de españoles, italianos y judíos) es también un mosaico arquitectónico. Todos los estilos se dan cita por ejemplo en la avenida 18 de julio, principal arteria de la ciudad, y esa mescolanza se ha ido convirtiendo en otro estilo y hasta ha adquirido un carácter peculiar y un extraño atractivo. La gran avenida es un poco el termómetro de la ciudad. La dictadura la dejó sin árboles; la televisión, casi sin cines; la crisis, sin grandes tiendas. Invadida por los vendedores ambulantes y los ardides del contrabando, en algunos de sus tramos podría tomársela por un *marche aux puces* del subdesarrollo. No obstante, aunque la avenida ha perdido gran parte de sus modestos lujos, sigue siendo una obligada referencia para el montevideano. Si no luce como antes, se debe sencillamente a que somos más pobres. Pero no hay en la ciudad ningún acontecimiento que verdaderamente importe (desde una victoria futbolística hasta una huelga sindical, desde una sobrecogedora manifestación en reclamo de los desaparecidos hasta la apoteosis del carnaval) que no se haga presente en 18 de julio.

Todavía hoy, tras doce años de dictadura y mientras recupera, con lentitud y algunos escollos, la buena costumbre de vivir en democracia,

Montevideo mantiene (casi diría por fortuna) un estilo de vida bastante provinciana. Uno tiene la impresión de que aquí todos nos conocemos. Caminar por 18 de Julio es como moverse en el patio de la casa familiar. Siempre aparece alguien que, desde la acera de enfrente, alza el brazo como una antena racional, como la comunicación de una presencia.

Los doce años de gobierno militar dejaron una huella profunda en la vida comunitaria de todo el país, pero fundamentalmente en la de la capital, ya que allí fue donde más groseramente se violaron los derechos humanos y la propia Constitución; clausura de ambas Cámaras, virtual sustitución de la Justicia civil por la militar, férrea censura en la enseñanza y en la cultura, destituciones, deportaciones y detenciones por motivos políticos, uso inveterado de la tortura, muertes en los interrogatorios, etcétera. O sea, el mismo catálogo de iniquidades que, a lo largo y a lo ancho de América Latina, practicaron desde siempre esos gobiernos autoritarios que el entonces presidente Reagan llamaba cariñosamente "dictaduras amigas".

Los escritores y artistas que, presos o simplemente censurados, permanecieron en el país, no pudieron apoyar sus ficciones en esa dolorosa realidad; en cambio, pudimos hacerlos quienes fuimos empujados al exilio. De todas maneras, ni unos ni otros estuvimos en las mejores condiciones para brindar nuestra versión artística de una ciudad autobloqueada. Si aquellos que se quedaron en el país disponían de la cercana realidad pero carecían de la libertad para expresarla, en el exterior teníamos esa libertad pero carecíamos del entorno candente. Tanto una como otra eran versiones mutiladas, muñones de realidad, prótesis de lo imaginario.

Luego, tras doce años de exilio y distancia, sobrevino el desexilio y en consecuencia la readaptación y el reencuentro, no siempre fáciles. En el presente, a doce años de la recuperación democrática, Montevideo es todavía, tanto en el plano político como en el cultural, la suma de esas contradicciones.

En cuanto a mi propia obra, Montevideo la ocupa casi totalmente. No sólo porque uno de mis libros se titula *Montevideanos*, sino porque a lo largo de mis novelas, mis cuentos, mis poemas, no siempre en las líneas pero sí en las entrelíneas, la ciudad y sus habitantes son presencias casi ineludibles. No sé si será una obsesión pero al menos es un rasgo tenaz. Como mis personajes, soy un montevidiano de clase media y sólo me siento medianamente seguro cuando trabajo e imagino con ellos, o a partir de mi mismo, como montevidiano. No creo que sea una virtud, sino más bien una limitación, pero cada uno trabaja con lo que tiene. Recuerdo que en la portada de *Montevideanos*, hace casi 40 años, coloque un epígrafe de F. Scott Fitzgerald; "But my God! it was my material, and it was all I had to deal with" (Pero ¡Dios mio! éste era mi material y era todo lo que tenía para trabajar")

A pesar del legado de mezquindad que dejó la dictadura, Montevideo es todavía una ciudad disfrutable y luminosa. Como confiesa Javier Montes, el protagonista de mi última novela; Huelga decir que, por razones que quizá sean demasiado subjetivas, no la cambio por ninguna otra.

Para concluir esta reflexión literaria sobre Montevideo, quiero leerles un poema que escribí, hace doce años, cuando regresé a mi país después de otros tantos años de exilio.

Quiero creer que estoy volviendo
Vuelvo / quiero creer que estoy
con mi peor y mi mejor historia
conozco este camino de memoria
pero igual me sorprende

hay tanto siempre que no llega nunca
tanta osadía tanta paz dispersa
tanta luz que era sobre y viceversa
y tanta vida trunca

vuelvo pido perdón por la tardanza
se debe a que hice muchos borradores
me quedan dos o tres viejos rencores
y solo una confianza

reparto mi experiencia a domicilio
y cada abrazo es una recompensa
pero me queda / y no siento vergüenza
nostalgia del exilio

en qué momento consiguió la gente
abrir de nuevo lo que no se olvida
la madriguera linda que es la vida
culpable o inocente
vuelvo y se distribuyen mi jornada
las manos que recobro y las que dejo
vuelvo a tener un rostro en el espejo
y encuentro mi mirada

propios y ajenos vienen en mi ayuda
preguntan las preguntas que uno sueña
cruzo silbando por el santo y seña

y el puente de la duda
me fui menos mortal de lo que vengo
ustedes estuvieron / yo no estuve
por eso en este cielo hay una nube
y es todo lo que tengo

tira y afloja entre lo que se añora
y el fuego propio y la ceniza ajena
y el entusiasmo pobre y la condena
que no nos sirve ahora

vuelvo de buen talante y buena gana
se fueron las arrugas de mi ceño
por fin puedo creer en lo que sueño
estoy en mi ventana

nosotros mantuvimos nuestras voces
ustedes van curando sus heridas
empiezo a comprender las bienvenidas
mejor que los adioses

vuelvo con la esperanza abrumadora
y los fantasmas que llevé conmigo
y el arrabal de todos y el amigo
que estaba y no está ahora

todos estamos rotos pero enteros
diezmados por perdones y resabios
un poco más gastados y más sabios
más viejos y sinceros

vuelvo sin duelo y ha llovido tanto
en mi ausencia en mis calles en mi mundo
que me pierdo en los nombres y confundo
la lluvia con el llanto
vuelvo / quiero creer que estoy volviendo
con mi peor y mi mejor historia
conozco este camino de memoria
pero igual me sorprende

Mario Benedetti

**PALABRAS DE BIENVENIDA DEL
RECTOR DE LA UNIVERSIDAD
D. FRANCISCO JAVIER ÁLVAREZ GUIASOLA**



EXCELENTÍSIMOS E ILUSTRÍSIMOS SEÑORES.
NUEVO DOCTOR HONORIS CAUSA.
CLAUSTRO UNIVERSITARIO, SEÑORAS Y SEÑORES

Este Paraninfo de la Universidad de Valladolid, es de nuevo testigo de uno de los actos académicos de mayor significado universitario: La investidura de doctor "Honoris Causa".

Estamos congregados con emoción para recibir como claustral a quien se hace merecedor del más alto honor que la institución puede otorgar; y lo hacemos con la convicción del rango intelectual y cultural que concurre en Mario Benedetti.

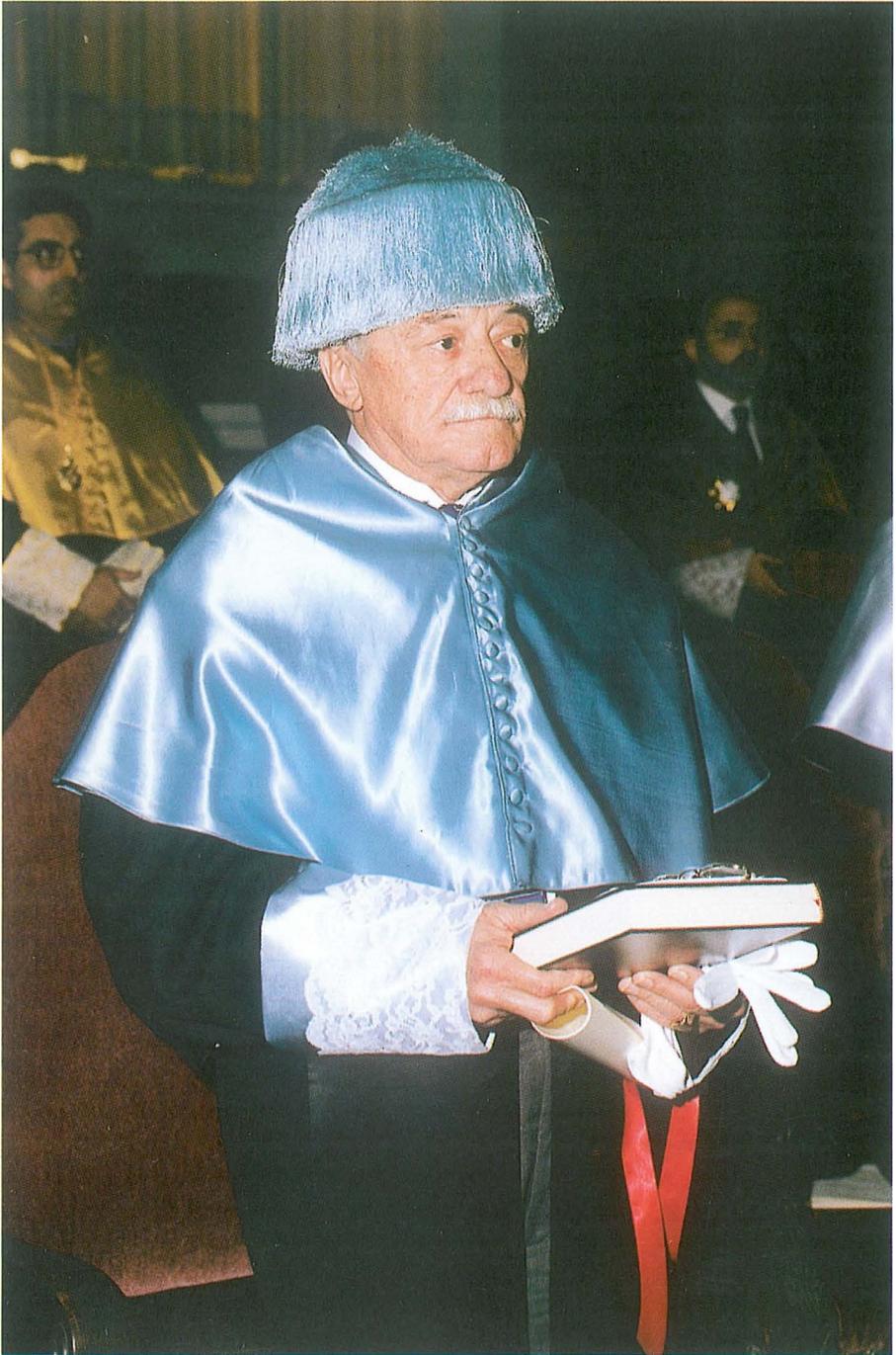
El doctor Benedetti testimonia uno de los más claros ejemplos de la calidad poética, pero igualmente expresa un compromiso con la humanidad, con todos nosotros. Una afirmación, la expresada, que lejos de ser un recurso retórico es una constante permanente en su obra; la obra único testimonio que mide la verdadera naturaleza de cada uno.

Del mismo modo que reconocemos sus valores deseamos igualmente mostrar nuestro agradecimiento por su generosidad al aceptar vincularse personalmente a la Universidad de Valladolid. El vínculo con nosotros se convierte así en una forma de compromiso lleno de un significado que va más allá de lo inmediato, y que reside en la especial condición de los hombres y de los escritores de estas tierras, constante camino entre el corazón y la razón.

Mario Benedetti nacido en un pequeño pueblo, del más pequeño de los países sudamericanos: Uruguay, expresa al mismo tiempo la grandeza del continente americano. Su obra, certifica el anterior aserto desde que publicara su primer libro en 1945. Desde entonces nos ha ofrecido la pasión y la fuerza de su literatura comunicante, entrelazando el tono grisáceo de la frustración que se reconoce en los "Poemas de la oficina" con la emoción que se respira en su último libro "Andamios". En todo su episodio literario florece la poesía, a veces narrada, a veces sugerida.

Su obra es pesimista y optimista como la vida de todos los hombres. El ha podido decir que: "Cuando parece que la vida imita al arte, es porque el arte ha logrado anunciar la vida". Su humanismo al mismo tiempo ha sido comprometido con su tiempo. Su ejemplo, su vida y su obra reflejan las actitudes del hombre moderno, así como las inquietudes de quien es permanentemente joven. Esta condición es la que más vitálmente le acerca a la vida universitaria, y por ello la Universidad le necesita como parte de su compleja y dinámica realidad. Como parte de su tradición y de su actualidad, es decir como parte de si misma.

Por todo ello la Universidad de Valladolid recibe con júbilo su incorporación como claustral, al Doctor Benedetti, esperando recibir de él la sabiduría que está presente en su obra y en su vida.







**SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
DE LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID**